

# Una Orquesta magnífica en una actuación desconcertante

Actuó la Filarmónica de Ostrava en la Concatedral de San Nicolás

RUIZ BAQUERO

**La Concatedral alicantina es un hermoso templo, amplio y majestuoso, de altas bóvedas y muchos arcos superpuestos con sus cavidades correspondientes en dos plantas que circundan la gran nave de la iglesia y que la convierten en una formidable caja de resonancia con innumerables reverberaciones, que la descalifican totalmente para un concierto sinfónico.**

El asunto ya es viejo y quedó evidenciado en cuantos experimentos se han intentado con este objetivo. La acústica de esta iglesia admite, para el matiz musical, una voz, un coro (no de grandes dimensiones) un solista instrumental (incluido el órgano tubular situado en la parte alta) o una depuradísima orquesta de cuerda. Y así lo entendió el gran conjunto actuante al interpretar, fuera de programa, la sublime, la maravillosa (nos lo pareció mas que nunca) Aria de la Suite en Re, de J.S. Bach. En ella se pudo apreciar, principalmente, las excelencias de los instrumentos de cuerdas de esta formidable agrupación orquestal, ahogados y sumergidos a lo largo de todo el programa por los instrumentos de metal, los de madera y las percusiones que, en su intervención, retumbaron como cañonazos. Con esta perspectiva, ¿cómo comentar un concierto en el que no se pueden apreciar planos armónicos, empastes sonoros o dibujos melódicos que se trazan en la plenitud del conjunto?

Así pues, la obertura de la ópera «Oberón» de Carlos Ma-

ría Weber, cuya introducción fue una delicia en la amalgama de las trompas y los arcos, que se rompió de inmediato con el sobresalto que nos proporcionó el gran acorde para el inicio del «allegro». Y luego, pienso en el apasionado y conocido Concierto de Dvorak, que vimos interpretar al violoncellista Bohuslav Pavlas, al que tan solo pudimos escuchar en contados momentos, ya que la orquesta -sin poderlo evitar- lo eliminaba constantemente.

La grandielocuencia del poema sinfónico «Prometheus» de Franz Liszt, músico de quien también se está conmemorando en todo el mundo el centenario de su muerte, naufragó en el mismo océano de resonancias que todo el programa de este concijerto, y así llegamos al episodio sinfónico de las meditaciones y esperanzas de «Don Quijote velando las armas» de Oscar Esplá, compositor alicantino que motivaba este acto, según rezaban los suntuosos programas de mano, con ocasión del centenario de su nacimiento.

Conociendo a Esplá, él no hubiese permitido nunca celebrar un concierto tan extraor-

dinario en una situación tan precaria sin las mas mínimas condiciones musicales. Mucho menos, auditar una obra propia, con una orquesta mal situada a ras del suelo, con un público que sorprendía por lo inhabitual en la vida alicantina de los conciertos y con un ambiente de improvisación que, a casi todos nos ha pillado de sorpresa. Ni la hora, ni el lugar, ni la información del acto, han sido propias. Ello nos obliga al «biss» de este homenaje que se anuncia en el Gran Teatro de Elche.

La Orquesta Filarmónica Janacek de Ostrava (en Checoslovaquia, musicalmente ahora, todo es «Janacek»), como en Hungría «Kodaly» y en Polonia «Zimmanowsky») el excelente solista Bohuslav Pavlas, el magnífico y joven director del concierto, Stanislav Macura, sobrio y elegante de gesto en todo momento y, sobre todo, el conmemorar el centenario de un gran compositor alicantino, bien merecía en su ciudad un pequeño esfuerzo más y haber enmarcado este acto, como en Elche, en un escenario más propio. Siempre hay posibilidades y medios para poderlo lograr. Y todos no se corona felizmente con los aplausos de un público gratuito que se enardece con oleadas de sonoridades fuertes y trepidaciones de ritmos, como sucedió en el segundo fuera de programa con la octava Danza Eslava de Dvorak.